

Hugo Bouter

Las armas de la luz

Reflexiones sobre la armadura de Dios

«La noche está avanzada y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz.»

Romanos 13:12

Las armas espirituales

Tenemos la costumbre de hablar siempre de una armadura espiritual. Esta armadura no tiene nada que ver con carros de combate, aviones de guerra ni otros dispositivos bélicos, sino con un tipo de armas espirituales que necesitamos llevar como soldados de Cristo. Se trata, en realidad, de poseer ciertas cualidades espirituales, o en caso contrario, de apropiarnos de ellas, porque son totalmente indispensables para el conflicto que libramos con los poderes de las tinieblas.

Por este motivo, Romanos 13:12 cita las armas de la luz. Son unas armas que provienen de Dios. Él habita en la luz, y estas armas que pone a disposición de Sus guerreros son también espirituales y guardan una armonía con la forma de pensar de Dios. A continuación, el apóstol dice que debemos vestirnos del Señor Jesucristo, y se refiere a las cualidades espirituales de unas armas que tenemos desde que conocimos a nuestro Maestro y Señor y fuimos bautizados (Ga 3:27).

La armadura de Dios

Efesios 6:13 describe nuestra armadura y la «armadura de Dios». Que tengan una mención tan directa de parte del apóstol es porque compara esta cita con otra de

Isaías, donde Dios es presentado como un guerrero y héroe de guerra (Is 59:16-18; 63:1-6).

Se han tomado directamente prestadas, de esta armadura espiritual, dos piezas que menciona el profeta Isaías: «Pues de justicia se vistió como de una *coraza*, con *yelmo* de salvación en su cabeza; tomó ropas de venganza por vestidura y se cubrió de celo como de manto» (Is 59:17). La descripción que recibe la coraza de justicia (pieza n.º 2), o el blindaje con el que se nos viste, continúa hasta el yelmo de la salvación, que es nuestro rescate y definitiva libertad. Estas piezas cubren tanto el pecho como la cabeza del guerrero.

El apóstol se ciñe, en su cita de 1Tes 5:8, a las dos piezas de la armadura para explicar el triplete formado por la fe, la esperanza y el amor: «Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y amor, y con la esperanza de salvación como yelmo». La fe debe ser activa y desarrollarse a través del amor. De lo contrario, sería una fe muerta (St 2:26).

Hay cinco piezas más que forman parte de la armadura espiritual descrita en Efesios 6:

1. El cinto de la verdad, para mantener ceñido el manto del guerrero (pieza n.º 1),
2. El calzado del evangelio de la paz (pieza n.º 3)
3. El escudo de la fe (pieza n.º 4)
4. La espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios (pieza n.º 6)
5. La oración pertinaz y las súplicas en el poder del Espíritu (pieza n.º 7).

Nos olvidamos más de esta última pieza, que viene a definir a soldados que oran y que lo hacen de rodillas.

La batalla de un soldado de Cristo

El apóstol Pablo menciona este tema en sus epístolas. Dice 2Co 6:7: «En palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia para la mano derecha y para la izquierda». Esto imprimía carácter a su servicio. Unos capítulos más adelante, dice que él no luchaba contra los elementos de la carne. No tenía motivos errados ni desviados que lo llevasen a actuar así. Las armas con que luchaba no eran carnales, sino espirituales, poderosas en Dios para destruir fortalezas que se levantan contra el conocimiento divino y para llevar todo a la obediencia de Cristo (2Co 10:3-6).

El apóstol le dice a Timoteo que lo que vale realmente la pena es librar la batalla de la fe, y nombra a sus colaboradores como buenos guerreros de Jesucristo. Un guerrero de Cristo es al mismo tiempo una pieza clave en el campo de batalla, un hombre de campo, un obrero, servidor (o esclavo) y un corredor (2Ti 2 y 4; He 12:1-17). La predicación del Evangelio también requiere lucha y esfuerzo, lo que implica muchas veces tener que luchar al lado de otros.

Hay otros apóstoles que hablan de la batalla espiritual. El apóstol Pedro dice que debemos «armarnos» con la idea de que el que tiene que sufrir en la carne ha concluido con el pecado, que ha dejado de pecar para vivir y hacer la voluntad de Dios a partir de ese momento (1P 1:2). Hemos de resistir a nuestro adversario (1P 4:1-2; 5:8-9). Aparece también la idea de que hay que mantener a raya al príncipe de la potestad del aire (Ef 2:2).

El apóstol Juan habla de vencer al Maligno (1Jn 2:13-14), de ganar a los falsos profetas a través de Aquel que mora en nosotros (1Jn 4:4) y vencer al mundo con el poder de nuestra fe (1Jn 5:4-5). Judas apunta que todo esto es necesario para la fe que una vez se dio a los santos (Jud 3:20). Y ya para terminar, en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, tenemos muchas promesas de bendición para quienes permanecen firmes en la batalla espiritual y vencen en medio de la ruina de la Iglesia.

*«Lejos no estás,
Estrella matutina.
Suenan ya las trompetas
para tus santos guerreros.
Los llamarás
de este mundo
adverso y bélico.
Lejos no estás, Estrella.»*

Oude Sporen 2018

